

# ORACION

## DEL SEÑOR DOCTOR CASTRO SILVA

### EN LA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS DE EDUCACION

(JUNTA PUBLICA DEL 11 DE DICIEMBRE DE 1933, CELEBRADA EN EL TEATRO DE COLON)

Excelentísimo señor presidente de la república, señor ministro de educación nacional, señores académicos, señoras, señores:

Presto hara cincuenta años que se desvaneció la forma corporal de Dámaso Zapata, y en él, como en todo hombre, se cumplió la consabida ley de que en ahuyentándose de los ojos pasó también de la memoria. Aceleradamente descaecen la admiración y el homenaje allí donde falta el imperio decisivo de una actividad dominadora, consciente de sus fuerzas y de los altos fines que pretende. Merman las alabanzas y tal vez prosperan las críticas cuando el hielo mortal paraliza las manos y embarga la lengua y quiebra los aceros del que otro día supo imponer sus pensamientos, porque eran superiores, su voluntad porque era recta y sus mandatos porque eran fecundos; y me atrevería a decir que la estimación y acatamiento humanos no duran sino al hostigo de las obras y de los dictámenes que llevan en sí los signos vencedores de una preeminencia inconfundible.

Algo no obstante perdonará la muerte, y una vez cobrado el portazgo de lo eterno, dejará incólumes para amaestramiento de los vivos, los ejemplos y los méritos de ese a quien arrebató en un turbión de dolor silencioso. Hasta es posible que cegadas entonces las pupilas vigilantes de la envidia y apaciguados los sobresaltos de la rivalidad, se abrillanten y enaltezcan las calidades del desaparecido; pero tampoco es raro que intervengan causas e intereses de índole diversa que os-

curezcan y empañen el nombre simbólico. Dámaso Zapata murió en los comienzos de una transformación política de notables proporciones, y él y su obra, con ser sumamente ajenos a los enconos de banderías y parcialidades, entraron en la penumbra de una historia ya viva y archivada. Esto sin contar con que las sociedades a semejanza de las rocas, a veces se engendran merced a la íntima e hirviente fusión de todos los elementos que definen una nacionalidad, y a veces tratan de formarse sobreponiendo capas diversas, exclusivas y entre sí independientes o enemistadas. Aquellas son las sociedades graníticas, formaciones plutónicas, donde toda idea, todo sentimiento y toda energía en siendo consentáneos a la grandeza y solidez de la república se enlazan y suman, caldeados por la vida, para acrecentar el pro común; estotras son las sociedades en que cada época se constituye aparte y como por vía de sedimentaciones y depósitos sucesivos y aislados, donde sólo tienen cabida determinadas y particulares concepciones que pueden ser benéficas y provechosas en sí mismas, pero que serían óptimas e incontrastables si no se divorciaran sistemáticamente de todas las restantes; sociedades son éstas formadas por muchos estratos de opiniones irreductibles y de afectos celosos que acumulándose ampliamente dan la impresión de lo firme y duradero, compactas y apretadas en su estructura pero deslizables a la hora menos pensada e inevitablemente propicias a la conservación de faunas y de floras que hace tiempos dejaron de existir. Sociedades son éstas en que al anunciarse una era nueva piensan algunos que procede hacer tabla rasa del esfuerzo antecedente y de la experiencia ya adquirida en homenaje a otras ideas y a otros sistemas que a su turno serán suplantados y que mostrarán al venidero cronista de estas vicisitudes no el constante y unánime conato que hace caudal de lo pasado para dominar el porvenir, sino una serie de tentativas inconexas que

agotaron muchos ánimos y no ensancharon los cimientos de la cultura nacional.

Y cabalmente para no incurrir en este desacierto estamos tratando de reanimar la memoria del gran ciudadano que nació ahora hace un siglo para ser modelo de ordeñadores en el ramo de la Instrucción y educación públicas, que vivió consumido por el anhelo de difundir y asentar la enseñanza hacedora de hombres buenos, que identificó en su espíritu el servicio de la patria con los desvelos que le merecían la niñez y la juventud, que ambicionó para su tierra aquel linaje de engrandecimiento que prospera a impulsos de una general ilustración, poderosa a depurar las mentes y a rectificar los caracteres, que batalló sin tregua por ver de persuadir a sus contemporáneos que en la máxima tarea de sanear los ánimos no es dable adelantar un solo paso mientras la simple verdad no esparza en los entendimientos luz que sacuda y destierre el prejuicio torpe, la cavilación tortuosa y el interés sórdido y empecatado que apuntan y se esbozan ya desde los primeros años por obra del descuido en que comúnmente se les deja. Tal fue en compendio la vida de Dámaso Zapata, y eso es lo que el gobierno nacional, con sabio acuerdo, ha querido conmemorar en la ocasión presente, no con una fiesta secular cuyos ecos aun siendo muy sonoros se extinguirían velozmente, sino creando esta academia de ciencias de la educación que aquí véis reunida y que si es fiel al encargo recibido de la suprema autoridad y si sabe interpretar los ejemplos del claro varón bajo cuyo patrocinio se inaugura, no dudo que hará obra señaladísima en beneficio de esa noble muchedumbre de niños y de mozos que en este instante veo y siento bullir dentro de los linderos patrios, muchedumbre ansiosa de guías que le revelen generosos destinos, muchedumbre confusamente ávida de razonables adelantamientos, muchedumbre siempre mal avenida con los múltiples es-

torbos y miserias interiores que le embarazan la marcha por los campos de la honorabilidad y del mejor estar.

A tantos años de distancia, el pensamiento de Dámaso Zapata adquiere con la fundación de esta academia una resonancia imprevista; díjérase que su voz presa en los archivos oficiales del período comprendido entre 1871 y 1879, va a desatarse rejuvenecida y fresca, desligada de las circunstancias temporales y locales que la abreviaron en aquel entonces, y gozosa y potente porque cuenta con nuevos y maravillosos instrumentos e invenciones que doblaran su eficacia, y con mayores experiencias que le añadirán autoridad. No nos dirá el pormenor de los reglamentos y disposiciones que dictó para las escuelas de su tiempo, que eso de suyo es transitorio, pero sí nos hablará del espíritu que informó aquella su larga tarea de laborioso promotor de la inteligencia primeriza, y enunciándonos algunas leyes fundamentales de la educación popular, leyes que no por llanas y obvias dejan de ser capitales y perennes, nos hará entrever una república en permanente afán de superar la decadencia infausta que se insinúa en la flor de las generaciones y las estraga unas veces con el marasmo de la ignorancia, otras con el siniestro de malas inclinaciones no rectificadas a tiempo, y muchas veces más con estigmas inveterados, verdaderas dolencias de la raza, que de lance en lance van llevándonos a la depresión y a la inercia, ambiente propicio a la fijación de mortíferos y selváticos rencores.

Prevenir éstas y otras calamidades, fue la suprema solicitud de Dámaso Zapata; séalo también de esta academia, desasida como él de todo interés que no sea el de la educación de los colombianos, y como él no abstraída en el tenaz y apasionado seguimiento de una sola tendencia, sino patente, abierta y dócil a toda impulsión justa y atinada, ora venga de los raudales de sabiduría que encauzaron los antiguos y clásicos modeladores del

alma humana, ora resulte de la observación presente que es fuente riquísima de aciertos, ora nazca del cotejo de nuestro país con otros más o menos aventajados, ora en fin se haga sentir como aspiración hacia el tipo perfecto de nacionalidad que todos columbramos con amor en el futuro.

Será asimismo esta academia lo que son sus hermanas mayores, congregación de hombres estudiosos, instituida para un fin de pública y superior enseñanza. Y el erudito que de esta manera las definía elegantemente, agregaba: sus puertas cerradas siempre a la vanidad engreída, al antojo de improvisación y de aventura, al histrionismo ostentador y temerario, tienen que abrirse de par en par al mérito positivo y modesto que las más de las veces ni aun necesita salir de su retiro para llamar a ellas. Las honras académicas van por sí mismas a buscarle, a sorprenderle quizá en medio de sus útiles vigiliás dándole nuevo aliento para continuarlas. No es título de alarde y vanagloria el de académico, es ante todo, título de función y oficio que solo pueden desempeñar los doctos y capaces. Exceptuad, señores, a una sola persona, y en la enumeración de estas cualidades hallaréis la imagen de los señores y maestros que para honrar la fecha natalicia de Dámaso Zapata, llamó el excelentísimo señor presidente de la república a que constituyesen esta Academia de ciencias de la Educación.

Hace muchos años, tantos que no puedo hacer memoria de ellos sin sentirme trasladado a los días de una infancia que ya va siendo para mí asunto de leyenda y dominio de la fantasía, oí por primera vez el nombre de Dámaso Zapata. Porque mi padre no se cansaba de invocarlo ni de ponderar el celo y la sabiduría, con que manejó la instrucción pública primero en Santander con título de superintendente y luego en Cundinamarca con nombre y prerrogativas de director. Y aun cuando no entendiera yo cosa mayor de lo que tales títulos y nom-

bres encerraban, sí se me alcanzaba que había de ser personaje de cuenta y de grande respetabilidad el que así provocaba elogios tenaces y para mí autorizadísimos.

Más adelante comprendí mejor lo valiosos e imparciales que eran dadas las opiniones políticas tradicionales y hasta vehementes en mi familia, opiniones reñidas con las del régimen a que perteneció Zapata. Mas no eran las divergencias de este jaez, negocio que apasionara a los muchachos de mi tiempo; teníamoslas (o a lo menos las tenía yo) por cuestión embrollada, impertinente y desabrida, buena para que se entretuviesen los mayores a quienes no se les caían de la boca las reminiscencias de Garrapata y La Humareda, o los preámbulos y antecedentes de la Regeneración. Mejor que todo ello me sabían ciertas narraciones en que D. Dámaso aparecía peregrinando muy de madrugada por inaccesibles vericuetos y por veredas remotísimas en busca de una escuela. Y como se entusiasman los niños de hoy por no sé qué aventuras inverosímiles y frenéticas, así me deleitaron las correrías del prócer santandereano que se mostraba de improviso, en faz y atalaje de trajinante andariego ora por los lados de Mogotes, ora por los términos de Ocamonte, siempre a la husma de citologías y pizarras, contando escolares, remirando el menaje de la enseñanza, examinando maestros, proveyendo a necesidades muy menudas, entablando diálogos con el párroco para informarse de lo que se hacía o no se hacía en la comarca por la educación, y despidiéndose luego apresuradamente porque más lejos tenía que visitar un local derruido o uno que apenas comenzaba a salir de los cimientos. Poco se le daba a Don Dámaso de las intemperies, malos caminos, atajos traicioneros y otras dificultades que se oponían a su constante preocupación de vigilar por sí mismo las escuelas; y me acuerdo muy bien de haber oído contar que alguna vez, hallándose varias personas en una malísima posada a donde tuvie-

ron que recogerse sorprendidas por una turbonada deshecha, fueron sobresaltadas antes de rayar el alba por el ruido insólito que hacía una cabalgadura al bajar o al despeñarse por una torrentera a la sazón henchida por los aguaceros. Con las primeras luces y al quebrar albores salieron a averiguar qué percance o siniestro había ocurrido y horas más tarde supieron que Don Dámaso había pasado por allí con riesgo no pequeño, para no faltar a unas sabatinas ordinarias.

Y fue de esta suerte como la figura de Dámaso Zapata se aposentó en mi imaginación, desprovista de arcos y de oropeles fastuosos, desnuda también de aquel aparato bélico y marcial que hace cuarenta años solía encuadrar a los hombres insignes y afamados. Me lo figuraba, en cambio, pequeño de estatura, ágil y expresivo en los ademanes, sentencioso en las palabras, escudriñador cuando miraba, conciso para mandar, austero en el vivir, y si no fuera porque hay palabras que van perdiendo a toda prisa la altiva significación que en otras épocas tuvieron, afirmaríame que tenía gusto en imaginarme a Don Dámaso pobre; así me parecía que resaltaba mejor su independencia, así me explicaba el temor reverencial que inspiraba a amigos y a enemigos cuando atendía al recaudo y a la distribución de los dineros públicos, así lograba entender cómo pudo contrastar algunos desafueros y sinrazones de esos que en tiempo de pasiones revueltas y amotinadas se apellidan represalias o se cohonestan como reacciones y son en realidad despojos y atropellos calificados. Y era, en verdad, pobre, Don Dámaso, porque para correr ligeramente en pos de altos y exquisitos ideales de justicia, se ciñó con el amianto desafiador de los fuegos de la codicia y con la honrada limpieza que mata el prurito de la ganancia y la comezón del lucro a toda costa. No se necesitaba menos para comunicarle aquella entereza con que pidió y obtuvo en 1865 la inmediata devolución de

sus bienes a los Arboledas y Delgados, a los Martínez y González del Cauca, o para volver en 1868 por los patrimonios y dotes de las religiosas exclaustradas. Dámaso Zapata tenía que ser pobre en un sentido caballeresco y legendario para romper lanzas dondequiera y sin contemplaciones en servicio de la equidad, tenía que serlo para que ningún interés le apartase del intento de mejorar y difundir la instrucción y educación públicas, origen auténtico de la bienandanza y fortaleza nacionales.

Por qué caminos llegara a este convencimiento que le dominó con rara intensidad en la mejor parte de su vida, sería difícil adivinarlo, visto que Don Dámaso fue más abundante en obras que en palabras, y que de él, como de ciertos varones hazañosos podía decirse con toda propiedad que multiplicaba proezas y que siendo «largo para facellas era corto para contallas». Quédannos, es cierto, sus informes y circulares y a ellos voy a atenerme para seguir el hilo de sus pensamientos.

Recorriéndolas salta primeramente a la vista que Zapata era hombre que sabía hacer pie en la realidad y en la experiencia; perderse en divagaciones o soltarle las riendas a la ensoñación vagarosa y desatentada, creadora de inconsistentes y vanas imaginaciones que un día embobecen a las multitudes con prométimientos espléndidos y a otra luz las desengañan y postran con lo fútil e inane de los resultados, no fue jamás ardid que mereciera la tolerancia del gran organizador. Datos precisos, cifras escuetas pedía y lograba al hacerse cargo de la superintendencia de la instrucción en Santander, allá hacia fines de 1871, para medir la poquedad de la enseñanza que se daba, el crecido número de niños que la habían menester, y la anarquía e irregularidad de su concurrencia a las escuelas, que sobre ser escasas y estar mal provistas, se hallaban dispersas y en sumo desconcierto no solo por la extensión, fragosidad y aspereza del territorio, más porque carecían de competente ins-

pección que las mantuviera unidas y les procurase un estímulo constante. Aquí quedó probada la reclusa de carácter de Don Dámaso y cómo era diestro en derivar fuerzas de la estimación fría y quizás prosaica de las circunstancias que lo rodeaban. Otro menos avezado al cumplimiento del deber o de menor firmeza en las convicciones habría sentido venir sobre sí el desaliento, y antes de poner manos a la obra habría dejado las primicias de su energía en poder de la fatiga prematura. A los hombres que de tal manera se empequeñecen con las dificultades, podría decirseles que están a dos dedos de hacer suya la voz estéril y escéptica del príncipe calderoniano: «Soñemos, alma, soñemos!»...; a los que valerosamente afrontan y sondan las deficiencias que han de remediar y acuden a ello sin perdonar traza ni omitir esfuerzo, les convendrá la palabra constructora que sirvió de emblema a las diligentes corporaciones de la media edad, artífices de monumentos cuya perpetua utilidad o cuya no igualada hermosura van repitiendo de una a otra centuria estas sílabas mágicas: «Laboremos!»

Con cuánta propiedad suenan también en los labios del varón que celebramos y cómo las sacó verdaderas en cada una de las funciones de su oficio!... Teniendo que buscar directores para las escuelas no se fiaba a los juicios y dictámenes que el público rumor o la influencia interesada llevan y traen, sino que provocaba la opinión de los ciudadanos más notables en cada región, y cuando era preciso la récogía personalmente aun cuando eso le costase viajar de cabo a cabo por el departamento; prolijas y desusadas diligencias que algunos reputaron excesivas o dispendiosas, sin reparar en que sólo a ese precio podía lograr toda su significación un precepto legal de increíbles alcances, según el cual al director de una escuela habían de otorgársele honores y consideraciones especiales por ser «el primer funcionario del Distrito».

Confesamos que esta denominación, cuando tiene correspondencia en la realidad, basta para señalar una época de eminente y envidiable cultura. Porque allí donde el maestro adquiere tal prerrogativa, no sería necesario preguntar qué tan desbaratadas andaban las costumbres, qué tan relajados los ánimos, o qué tan pervertida la estimación de las cosas y de sus valores. Allí sería más bien el asistir a un concierto de voluntades ansiosas de gobernarse y de prorrumper en actos no a impulso de las pasiones, del instinto y de la tendencia irracionales que se perpetúan y afianzan de una a otra generación, sino conforme al imperio de esta razón, huella y vestigio de divinidad, que para no desmentir tan alto origen, lleva en sí misma una tendencia conquistadora de rectitud y de verdad.

Allí donde al maestro se le reconoce primacía, pondrá también sus reales la virtud sin la cual toda riqueza es escasa, todo poder es débil y toda sanción baldía. Y no me digáis que estoy llamando ahora a las puertas de Platón para que me socorra con esa su utopía de que la causa única del mal es la ignorancia, porque yo os podría salir al encuentro con el mandato divino, cláusula suprema del Evangelio, que resume toda la misión redentora en esta frase: «Id y enseñad!», oráculo eterno que ha informado explícita o implícitamente el ánimo y los bríos de cuantos nos dejaron ejemplo como apóstoles de la educación. No me digáis que exagero los resultados de la enseñanza o la forzosa excelsitud y preeminencia de los maestros, porque yo os argüiría entonces que por algo quedó en las páginas santas constancia de aquella súplica benigna: «Perdónalos porque NO SABEN lo que hacen», temerosa alusión a los abismos en que puede despeñarse la ignorancia. Ni vayáis, en fin, a contradecir el beneficio de la instrucción invocando las abominaciones y crímenes perpetrados por gentes y aún por pueblos de muchos conocimientos y

de ciencia reconocida, porque no me negaréis que allá en el fondo, el primer motor de esa perversidad y la fuente de tantos extravíos está seguramente en la alianza maléfica de las inclinaciones aviesas que anidan en el hombre, con un principio falso y con una falsa apreciación de la naturaleza humana, de sus deberes, de sus relaciones y del sentido de la civilización,

Qué era un maestro para Don Dámaso Zapata? Oidle para que sus palabras confirmen y complementen esto que acabo de decir: «El primer deber de los directores es el de hacer los mayores esfuerzos para elevar el sentimiento religioso y moral de los niños, y para grabar en sus corazones los principios de piedad, justicia, respeto a la verdad, amor a su país, humanidad y universal benevolencia, tolerancia, sobriedad, industria y frugalidad, pureza, y en general, todas las virtudes que son el ornamento de la especie humana, y la base sobre que reposa toda sociedad libre». Véis aquí cuan lejos andaba Don Dámaso de los dos gravísimos errores que partiendo de una increíble antigüedad han trastornado muy esencialmente la educación. Quiere el uno que el hombre nazca bueno y sin mancilla, ni desorden que le tuerza, y quiere el otro que vengamos al mundo rematadamente malos y sin albedrío para la enmienda. Entre los dos campea la sabiduría católica, que, descontadas las dolencias y achaques que son factores de perturbaciones más o menos profundas, nos certifica esta lucha interior en que divinamente somos ayudados para vencer, y humanamente podemos ser avasallados por el mal. Sobra decir que la educación no es posible sino en este último caso; los otros dos, por exceso de fatalismo o de optimismo, no la toleran como no sea en un sentido muy lato y traslaticio. Sentido éste que Don Dámaso no aceptaba porque al enumerar aquellas virtudes fundamentales, al prescribir la vigilancia incesante de los niños dentro y fuera de la escuela, al reglamentar y

graduar las correcciones y al castigar duramente a los maestros que diesen mal ejemplo, está declarándonos sin ambages que para él era patente la flaqueza ingénita de los educandos y su proclividad al desorden, no menos que su capacidad para desarrollar potencias triunfadoras y hábitos nobles de esos que labran el decoro y señorío de toda una existencia.

Ni echó en olvido el poder de la religión, antes lo reconocía y lo reclamaba con palabras singularmente graves y muy dignas de consideración por cuanto en aquel tiempo el Estado se abstenía de intervenir en la enseñanza religiosa. No había entonces cursos especiales de religión, y sin embargo, el gran educador del pueblo apremiaba a los maestros y directores para que aplicaran—son palabras suyas—«toda su inteligencia y el método más adecuado, a fin de imprimir en los alumnos convicciones indelebles y profundas acerca de la existencia de Dios, creador del universo, del respeto que se debe a la religión y a la libertad de conciencia». Más aún: quería que estas lecciones tuvieran respaldo en la persuasión de la palabra y en la autoridad del ejemplo con lo cual, y con haber ideado que los párrocos fuesen inspectores locales, definió puntualmente su creencia en el poder de la religión que reforma y transfigura a los hombres cuando nace y se arraiga en su interior y desde allá se extiende por toda la actividad sensible y racional. Prevalciera esta manera de pensar y de seguro se nos ahorraría la dolorosa previsión de un porvenir en que a muchos les será fácil divorciarse de todo deber piadoso, de toda fe, de toda disciplina santa porque, mal enseñados, se acostumbraron a no ver en la religión el espíritu y vida que es, sino la exterioridad y el formulismo que jamás hallaron merced en los ojos de Dios.

En esfera distinta procedía Dámaso Zapata con otra tanta lógica y de ello es harta prueba aquel principio

de su metodología que junto con otros que le eran muy familiares y que a veces he oído preconizar como invención novísima y recién importada, constituye la base de varias reformas trascendentales. «Tratemos—decía—de que la inteligencia de los niños se cultive siguiendo una senda que los ponga en aptitud de descubrir por sí mismos las reglas, los motivos y los principios de lo que aprenden». No os ocultaré que, a mi entender, este precepto es la clave y piedra angular de la instrucción genuina, despertadora de entendimientos, tal vez, de inventores y de genios. Enamorado de la intuición perfecta que en un instante indivisible abraza todo el ser y las relaciones y propiedades todas y todas las facetas incontables de la entidad, criticó Bergson este conocimiento nuestro que llamó «utilitario», porque cercena la verdad que hay en las cosas y no nos muestra sino aquel aspecto que en un momento dado conviene a nuestra comprensión. Que ese modo de ver subitáneo y completísimo no nos sea posible, bien notorio es, pero quién podrá negar que la instrucción y el saber se acrecientan a medida que la inteligencia, avicinándose a la inalcanzable plenitud, descubre mayores y más íntimos y recónditos atributos en los seres? Y tampoco se pondrá en duda que la enseñanza pierde y se malogra cuando las mentes, embotadas por la rutina de un aprendizaje mecánico, apenas se percatan de la sobrehoz inerte y vulgarmente utilitaria de las cosas. Notad ahora que la ley pedagógica de don Dámaso, por lo mismo que favorecía ahincadamente la aptitud descubridora que hay en los educandos, multiplicaba sus nociones, les abría horizontes y les mostraba perspectivas libertadoras que jamás por jamás se presentarán a las miradas del escolar desventurado que sin reflexión, sin inventiva y sin curiosidad almacena especies y acopia datos cuyo enlace no advierte y cuya fecundidad no sospecha. Men-

guada educación la que así conduce a un niño a través de largos y costosos estudios hasta el páramo ideológico y hasta el erial afectivo donde acabará de agotarse una juventud desvaída que solamente sabrá repetir con el poeta gemebundo: «a donde quiera que mi vista alcanza—todo está triste, desolado, muerto»!

El precepto pedagógico que os he citado requería para su desarrollo un personal docente que don Dámaso se empeñó en obtener mediante las escuelas normales y con el concurso de profesores extranjeros que les dieron noticia y experiencia de los métodos y descubrimientos más abonados para llevar a cabo la reorganización de la enseñanza. Así procuró el benemérito director que la condición del país, un tanto aislado y remoto de la cultura universal, no fuera un obstáculo a su progreso. Mas procedió en esto con su acostumbrada prudencia, y para no perturbar un organismo incipiente introduciendo en él modalidades y tendencias propias de otras razas, y otros climas, llamó también a los más acreditados institutores y peritos colombianos para que secundasen su labor. Permitidme, señores, que aprecie esta medida como una afirmación rotunda de que para educar e instruir a un pueblo es preciso ante todo contar con su índole y hacerse cargo de las diversísimas y a veces increíbles circunstancias que contribuyen a la formación paulatina del «alma nacional». Sin conocerla, es inútil pretender adelantarnos hacia una meta de prosperidad en que la fuerza de expansión que nos es propia estuviera comprimida y acendrada dentro del territorio patrio, al paso que las fuerzas de aprehensión nos llevaran mucho más allá de sus linderos, a donde se halle algo que saber, a donde podamos adueñarnos del bien de la verdad, de la belleza que civilizan y colman a otros pueblos, para invertir luégo tamaños capitales de suerte que beneficien y exalten la tierra en que nacimos. Entendido esto, se entenderá sin dificultad cómo

la vinculación de los ciudadanos al suelo patrio mediante la Instrucción que los pule y caracteriza, mediante el trabajo que saca afuera sus riquezas, y por virtud de la industria y las artes que lo decoran y lo visten, es requisito esencial para que el patriotismo, conjugación egregia del amor a la patria chica y a la patria grande, pueda existir como realidad palpitante, apercibida para toda defensa, y no como vocablo huero y recurso de oratoria revejida.

La infatigable laboriosidad de Dámaso Zapata le hacía discurrir a sus anchas no sólo por las avenidas donde se cruzan las cuestiones fundamentales de la educación, mas por los cauces humildes donde se recogen las miserias que la perjudican y entran. Miserias que juzgaba ser fruto de la indocilidad y desmoralización infantiles y que le obligaron a establecer escuelas correccionales a fin de que, suprimidas las expulsiones, no se les franqueara a los díscolos la puerta de la vagancia y del abandono; miserias que provenían de la indigencia de los padres y guardadores y a las cuales remedió con los restaurantes escolares y con las salas de asilo, gobernadas, como él mismo lo prescribió en términos expresos, «por la paciencia y caridad cristianas»; miserias que traían su origen de que los maestros faltos de fortuna carecían de libros y de lecciones que les preservasen de perder poco a poco reputación e idoneidad, y a ello acudió fundando bibliotecas circulantes y cursos de vacaciones; miserias ocasionadas por la inopia de las escuelas que le dió asidero para elaborar todo un sistema regulador de los capitales, rentas y edificaciones pertenecientes a la instrucción; miserias nacidas de la indolencia con que el pueblo miraba estas reformas y que él combatía enalteciendo los ejercicios escolares por todos los medios posibles, inclusive con hacer teatro de los exámenes el propio recinto de las cámaras legislativas; miserias, finalmente, que podían sobrevenir tan pronto como la política interviniera en las escuelas. Sobre



lo cual decía don Dámaso al separarse para siempre de su empleo en 1880: «Mientras he estado al servicio de la instrucción pública, no ha habido para mí más causa política que la de las escuelas. Me ha movido a proceder de esta manera la convicción de que toda ingerencia de los empleados del ramo en la lucha de los partidos es funesta para el sistema que se trata de fundar». Y añadía luégo con cierto desengaño: «Grande como es el respeto y el afecto que a mi partido profeso, ese afecto y ese respeto los he subordinado y los subordino aún al interés que para mí tiene la causa de la instrucción popular. Verdad es que fuera de ésta, no alcanzo a ver en las agitaciones de nuestros partidos otros resultados que energías mal gastadas e ilusiones perdidas». El gran repúblico tenía razón entonces.... y sigue teniéndola cincuenta años después: porque eso que con el nombre de política envenena desde muy temprano los ánimos juveniles, no ha sabido ser entre nosotros el arte divino de gobernar a los pueblos que dijo el filósofo académico, sino la persistencia atávica de perjuicios insensatos, la feria y el tablado donde zumba y se menea todo un enjambre de odios antiguos y toda una caterva de «intereses creados», tal vez más violentos y viles que los que se juntaron, para arruinar «la ciudad alegre y confiada» que todos conocéis.

Excelentísimo señor.

Creando la Academia de Ciencias de la educación que habéis inaugurado hoy, honráis la memoria insigne de Dámaso Zapata, y pedís a este cuerpo que asocie sus desvelos a los vuestros en pro de la enseñanza: lo primero es acto de justicia y consagración de un ejemplo; lo segundo es favor que reconocemos y responsabilidad que aceptamos con tanta conciencia como deseo de ser fieles y probos cumplidores de un mandato presantísimo que se confunde en nuestro espíritu con el servicio y amor a la república.